

La Altomira



ES el nombre con que se distingue la segunda ondulación del terreno, después de la de los Cerros de San Antón, al poniente de éstos. La tercera y última ondulación es la suave loma labrada por las aguas y que sirve de asiento al lugar. Es la altura intermedia entre los cerros y el pueblo, que se encuentra al salir hacia la carretera de Guerras, una vez coronada la cuesta del Cerrillo de los Ijones, por el camino de Palacio o de la Serna.

La gente, propicia a la leyenda, relaciona este nombre con hazañas bélicas de alguien que al llegar a ese punto, dijo al que iba a su lado: «alto, mira» señalando a la población. A algunos otros nombres les encuentran parecidos orígenes como Carrasardina—cara de sardina.—

Se añora la historia y se busca la leyenda:

Fuera como fuese, el hecho es que tiene un nombre eufónico, grato al oído y unas vistas más atractivas que el resto del contorno urbano.

Desde que se remonta la cuesta del Cerrillo—la gente le dice de los «Ijones» por guijones, de las pequeñas guijas, fragmentaciones arcillosas que se ven en él,—y pasado el camino del Raseral, se domina un horizonte amplio que sin ser de dulzura pratense es mucho menos árido que el del camino de Villafranca o el de Quero.

A lo lejos, los árboles del Villarejo y de la Huerta de las Mañanas, la Carcel de los ríos. Cerca, el viñedo, las olivas de «Cascabel», las de «Rufao», el camino de los Moleores y el de Alcantarilla, que va a Cuaco, la huerta de «Faquillo», etc.

El continuo paso de trenes por la falda de los cerros hacia Andalucía, es una nota moderna que alegra el paisaje y hace compañía, aunque sin él no fuera aquí tan hondo el sentimiento de soledad como en otros puntos del término. La vista de los árboles, la presencia de las quinte-rías, el amplio viñedo y ondulación del terreno, hacen más íntimo y cordial el contacto con lo inmediato, sin esa loca desolación que se siente en el comedio del camino de la Puebla, por ejemplo.

La luz de la Altomira tiene su momento singular a la caída de la tarde, durante el crepúsculo. Las auroras son allí menguadas por los cerros, que interceptan la llegada de los primeros rayos solares. Por la tarde, en cambio, forman la concha de tierra parda que los recoge y devuelve, en su medida, contra el suelo, que permanece alumbrado por ello hasta el último instante, con matices opacos de plumajes terrosos que brillan tenuemente con presagio amenazante en las tardes que el sol se pone empozándose.

Es la Altomira un cerro de cal. Con la de sus canteras, manejada por Casimiro y la Mariana, se ha enjalbegado el pueblo muchos años. Cuando el sol desde el cénit hiere con sus rayos la piedra sacada, se quita la vista: es la nitidez pura que resplandecía en todas las casas de Alcázar, mantenida con celo inigualable por nuestras mujeres, contagiadas de la asperidad de la caliza, pero satisfechas y aun orgullosas de la blancura del humero, sin dejar de funcionar, de «la cinta» del patio, intacta a pesar de las nubes y del ramo que echaron los mozos en la puerta, que no hay quien lo quite.

La Altomira es un punto desde el que Alcázar ofrece una de sus mejores vistas panorámicas y por donde la naturaleza se muestra menos esquiva, aunque la cal esté a flor de tierra.

